



OBTENIENDO EL CLICHÉ
Nicolás Alberte
TXT VERSIÓN, 11/2017

Había un puente construido sobre otro;
no encima como las ciudades nuevas
aplastan a las antiguas,
sino de modo que ambos
seguían siendo transitables.
Entonces, en un año de bonanza,
se proyectó la construcción de un tercer puente
sobre los otros dos.
El primer puente estaba consagrado
a los dioses del mar, el segundo
a los de la tierra y la fertilidad;
en el nuevo irían los del cielo
y las tormentas.
Pero éste jamás se construyó.

Pasaron las estaciones.
La estación llamada: nadar-bajo-el-puente.
La estación llamada: grandes-cargas-cruzando.
La estación llamada: aguas-gélidas.
La estación llamada: de-las-flores. Y las aves
que traen a sus crías dentro
y se van con ellas volando sobre el río
llegaron y se fueron. Y así
muchas aves y muchos peces pasaron por arriba y por abajo;
pero el tercer puente no pasó.

Se inventó una forma de registrar lo dicho.
Por el primer puente cruzaban diligentes
los escribas hacia la ciudad
y en el segundo volvían, más despacio,
los poetas al campo.
En el tercer puente, el previsto,
una idea que todos convinieron en llamar epopeya.
La música, sobre todo fanfarrias,
hizo vibrar con aires órficos el puente de abajo
y bailaron para regocijo de los hombres
en el segundo puente vírgenes desnudas.
En el exceso de alegría alguien
dijo que el tercer puente había existido.
Borrado de la historia por la envidia
furiosa de unos antiguos invasores bárbaros,
su ausencia se debía venerar.
Poco tiempo bastó para que todos
lo creyeran como incontestable.

Pasaron las estaciones.
La estación llamada: de-las-cuerdas.
La estación llamada: de-los-tambores.
La estación llamada: del-silencio.
La estación llamada: de-las-flautas-de-caña.

Las estatuas que adornaban los puentes
cada vez se parecían más al hombre
y menos a los dioses. Pájaros
de piedra volaban sobre sus cabezas
y alrededor de las columnas con acanto.
Un día ya no fueron dioses sino humanos
los homenajeados, erigidos
y tirados según fluyeran
las aguas del río.
Los escultores ganaron prestigio. Desfilaban
sobre el segundo puente con la mirada puesta en el infinito.
Por el puente de abajo
los bueyes arrastraban grandes bloques de mármol;
así día y noche, con industrioso ruido.

Un pensador insinuó que el famoso
tercer puente era el delirio
de un pérfido embaucador
y que no había pruebas de que hubiese existido.
Fue fácil convencer al pueblo
de su veracidad y para regocijo de todos
con exquisita cadencia festiva
bailaron desnudas las vírgenes una vez más

despidiendo su castidad
como a un pariente no querido que se va por siempre,
haciendo lo que fuera necesario
para olvidar que a todos
les llegaría algún día, también, la hora de irse.

Pasaron las estaciones.
La estación llamada: de-la-cosecha.
La estación llamada: del-viento.
La estación llamada: de-la-bruma.
La estación llamada: germinal.

Alcanzaron tal perfección las estatuas
que dejaron de parecerse a los hombres
y pasaron a representar conceptos:
felicidad, belleza, placer, locura, libertad...
Como todos los conceptos, pronto
dejaron de significar lo mismo para todos
y llegaron, con el tiempo,
a no parecerse a nada
en lo que todos estuvieran de acuerdo.
Se veían como monumentos del vacío,
a los que alguien encontró amargos e injurió.
Los puentes pasaron a ser significantes
a los que todo el tiempo se le renovaban los significados.
Se organizaron representaciones
de lo que era cruzar o ser cruzado.
El primer puente se asignó a los juegos,
el segundo a las actuaciones. Luces,
más luces y aplausos en clave de claqué o fanáticos,

hicieron incluso peligrar la estructura
por su excesivo peso.

Pasaron las estaciones.

La estación llamada: de-la-patria.

La estación llamada: de-los-extranjeros.

La estación llamada: de-las-migraciones.

La estación llamada: de-los-nuestros.

Se reforzaron los puentes. Y así
pasaron felices y breves los años.
Los viejos puentes rejuvenecidos sin descanso
y con fasto creciente y refinado boato
hasta llegar el tiempo inevitable
en que alguien hizo cruzar por el primer puente
como si fuera un ejército de elefantes
al pensamiento de la muerte sin fin.
El miedo que siguió fue tan intenso
que la gente ya no los cruzaba
por temor a ser empujada al agua.
Los puentes fueron entonces
expresiones de la angustia
que pocos se atrevían a pisar.

Pasaron las estaciones.

La estación llamada: del-cuerpo.

La estación llamada: del-trabajo.

La estación llamada: de-la-nada.

La estación llamada: del-aprendizaje.

Un día escaseó el alimento. Los puentes
se llenaron de ladrones y mendigos.
Se volvieron lugares sucios y sombríos,
la muerte iba y venía por ellos
haciendo lo que mejor sabe hacer:
reírse del perdón y el arrepentimiento.
En lo peor de la crisis
alguien desenterró antiguos planos
del tercer puente (o se los inventó),
y recordó a los dioses de la fertilidad y de la tierra...
Habló de construirlo y habló de sacrificios,
describiendo los arcos luminosos con tanta devoción,
que su voz parecía un ejército
de albañiles trabajando.
Y hubo una estación para imaginar el puente,
y hubo una estación para diseñarlo,
y una estación para preparar su construcción,
día tras día, sin descanso,
noche tras noche,
sin reparar en gastos ni cansancio,
palabra por palabra,
piedra sobre piedra,
irrigado con sangre
hasta obtener el cliché.